

BIBLIOTECA

Las Grandes Películas

DE

LA NOVELA PARAMOUNT



**ERRORES
DEL DIVORCIO**

POR

Greta Nissen
Florence Vidor
Clive Brook

50 Cts.



ST. CLAIR, Molins

BIBLIOTECA

Les Grandes Films

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423-A.

ERRORES DEL DIVORCIO

(TIME POPULAR SIN, 1926)

Preziosa pel·lícula, interpretada por

los célebres artistas

FLORENCE VIDOR, CLIVE BROOK,

GRETA NISSEN, etc.

or

ES UNA PRODUCCION

PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

PARAMOUNT FILMS, S.A.



Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

A. HORTA, IMPRESOR

ERRORES DEL DIVORCIO

Argumento de la película

Ivona, esposa de Jorge Monfort sufría resignadamente la vida disipada que llevaba su marido.

Casada un año antes, su existencia de casada se había deslizado por los caminos de la soledad y del abandono. Jorge se mostraba muy amable, muy cordial con ella, como si quisiera pagarle sus infidelidades con un cariño superficial. Pero el verdadero amor, la emoción dulce de un matrimonio bien unido, eran cosas que no existían en aquel hogar.

Cierta día, Ivona al despertar en su lecho, vió, como de costumbre, que su marido no había regresado aún. Estaba ya muy adelantada la mañana, entraba el sol por los balcones tra-

yendo saludos de alegre vida. Mas para ella, la bella Ivona, la luz era melancolía como su juventud sin amor.

No protestaba contra la conducta desleal de su marido, sufriendo en silencio la indiferencia de él. Carácter bondadoso, dulce, ella seguía manteniendo los prestigios del hogar, apareciendo a los ojos de sus amistades como una mujer feliz.

— ¡La culpa es exclusivamente mía! — se decía Ivona sentada en la cama. — Yo me casé con Jorge únicamente porque me pareció encantadora su mirada, su sonrisa, sin fijarme en otros detalles más ocultos, pero de trascendencia mayor. Hoy nos casamos todos así, todos, hombres y mujeres y sin más motivo que el que uno tiene los ojos azules o el otro la mandíbula bien pronunciada o el cabello negro... Y luego pagamos durante toda la vida, la fiereza de nuestro capricho... Yo he sido víctima de este espejuelo.

Desvelóse su pensamiento al ver entrar en la habitación a Jorge Monfort. ¿Y en qué estado! Iba tambaleándose con la sonrisa idiota de la embriaguez y llevaba en sus manos un pequeño muñeco.

— ¡Hola, pequeña! — le dijo él.

Ivona le contempló con un gesto de reproche. ¿Siempre igual!

— ¿Dónde has estado? — le dijo—. ¿Por qué has pasado la noche fuera de casa?

— Perdóname, mujer, pero los negocios ocupan toda mi vida — respondió él, soñoliento.



...ella seguía manteniendo los prestigios del hogar.

Dejó en el suelo el lindo muñeco y comenzó a desnudarse.

— ¡Buenas noches, cariño mío! — dijo a su mujer.

Y se metió en cama, cerrando los ojos, deseando dormir para reponer las fuerzas excesivamente gastadas y adquirir nuevos alientos para la jornada del día siguiente.

Ella le miró con cierta repulsión. ¡Qué hombre aquél! Y ella se vería siempre sola, pagando su error de haberse casado con un ser de corazón tan generoso... que lo entregaba por igual a todas las mujeres.

Levantóse y contempló el muñeco, mientras Jorge dormía pesadamente.

Acercó la figura del pequeño bibelot, que procedía seguramente de algún cabaret, regalado tal vez por alguna artista. Del cuello del muñeco pendía una inscripción: "A Jorge, Lulú".

La noble dama suspiró con melancolía:

—¡Qué vida de crápula la de Jorge! ¿Es que no tendría pues remedio aquel ser incorregible? Y a pesar de todo, ¿la quería seguir reteniéndolo en su casa. Le daba miedo el derrumbamiento de un hogar, la ley del divorcio tricionando brutalmente un contrato sagrado. Sí, se mostraría cada vez más cariñosa, más tierna y delicada para con él, con el deseo de que Jorge acabara por sentir la tibieza de los rayos del cariño, olvidando todo su vivir nocturno y a aquellas otras mujeres que le explotaban.

Corrió discretamente las cortinas dejando la habitación en suave penumbra, y se alejó.

Fué a su tocador, arreglando delicadamente su persona. Se acordaba de que aquel era el gran día: el del aniversario de su casu-



...contempló el muñeco...

miento. Su marido, medio embriagado, ¿habría recordado tal vez aquella fecha? ¡No era fácil!

A mediodía, Jorge despertó después de un sueño reparador... Arreglase tranquilamente,

dispuesto a vivir de nuevo su existencia alegre de calaverón.

Una de las últimas conquistas de Jorge



*Se acordaba de que aquel era el gran día
el del aniversario de su casamiento.*

era la de una actriz dramática llamada Lulú con la que pensaba hacer aquel día una excursión a la aristocrática playa de Deauville.

Había adquirido ya los dos billetes para el

"sleeping" y pensaba pasar unas horas maravillosas junto a la exquisita artista.

Para calmar a Ivona le hablaría de un negocio urgente que le obligaba a ausentarse unos días de París.

Su mujer había entrado en la habitación, y él, acercándose meloso e insinuante, le dijo:
—¿Cómo va eso, cariño?

Ivona le miró con sus grandes y melancólicos ojos negros, y viendo que un criado preparaba unas maletas, preguntó extrañada:

—¿Pero vas a salir de viaje otra vez?

Jorge esperaba aquello y la respondió tranquilamente:

—Salgo para Deauville con el señor Dupont, donde nos espera un negocio muy importante.

Jorge, los negocios le tienen convertido en un verdadero esclavo — contestó ella, queriendo apartar de su alma los celos, deseando olvidar toda la ingratitud y la infidelidad que existía en aquel hombre...

¡Siempre cariñosa, siempre bondadosa con él! Era el único medio de atraerse otra vez el alma de su marido.

Ocultando sus penas, le miró gentilmente y le dijo:

—Jorge, ¿no te dice nada la fecha de hoy?

Él quedó sorprendido. Francamente, ¿de qué se trataría? Con fingido cariño, la abrazó y dijo:

— ¡Ya lo creo que me dica!

Por suerte vió un calendario y un espejo de plata sobre el tocador en los que había ins-



— *Salgo para Deauville...*

crita una fecha: la de su boda; y entonces recordó... ¡Maldita memoria! ¡Haberle pasado por alto aquel acontecimiento!

— Ivona — le dijo, ya más tranquilo —

¿Crees tú que me he olvidado de qué hoy es el aniversario de nuestro casamiento?

Esta vez ella sonrió complacida. Jorge no era tan olvidadizo ni indiferente como supuso antes. A pesar de sus "cosas", de sus pequeños devaneos, mantenía intacta la flor de su recuerdo.

— Esta vez sí que veo que te has acordado — le dijo, cariñosa.

Y con mimo de esposa arregló las puntas del pañuelo que sobresalían de su bolsillo y encontró en éste dos billetes de ferrocarril.

Jorge se volvió pálido. ¡Maldita coincidencia! ¿Es que el destino se complacía en atormentarle?

Quiso balbucir una excusa, pero Ivona con la fe ciega del amor, mostró un intenso júbilo:

— ¡Una sorpresa para mí, Jorge? — ¿Qué bueno eres! ¿Vas a llevarme de viaje contigo?

Jorge, cazado en la trampa, respondió:

— ¡Naturalmente, mujer!

— Pues mira, voy a arreglar un equipaje para que salgamos esta misma noche...

A Jorge no le hizo mucha gracia la compañía. ¡Tener que separarse de Lulú, de sus amigas de "cabaret"! ¿Qué iba a hacer él con Ivona en Deauville? Una idea de fina perversidad cruzó por su imaginación. Era necesario embarcar a Ivona hacia la aristo-

crática playa mientras él quedaba libre y a sus anchas en París.

Voy a advertir al despacho del señor Dupont — dijo — que marchó esta misma noche.

Cogió el teléfono y simuló una conferencia.

— Señor Dupont — dijo —, le llamo yo, Monfort. Quiero avisarle de que esta noche marchó definitivamente a Deauville con mi esposa... Aguardeme en la estación.

Guardó silencio como si escuchara la respuesta y luego dijo:

— ¿No le es posible a usted ir a Deauville esta noche? Caramba, Bien, bien ya pasará inmediatamente por su oficina...

Se volvió desolado a su mujer y le dijo, después de colgar el aparato:

— ¡Qué contratiempo! Hoy Dupont no puede acompañarme y tengo que resolver muchas cosas con él. Pero probablemente podré marchar esta misma noche o mañana. La obligación es antes que la devoción, amor mío...

Yvona se estremeció... ¡Y ahora iban a perder aquellos billetes de ferrocarril!

— Por supuesto — dijo él con insinuante sonrisa —, si quieres puedes tú ir ahora en el tren y yo iré más tarde cuando haya hablado con el señor Dupont.

Acedió la esposa, deseosa de efectuar un

viaje a las playas, y pensando que su marido la acompañaría...

Jorge se vistió elegantemente y despidióse de su mujer hasta la hora de salida del tren.

— Si por casualidad me entretuviera demasiado los negocios del señor Dupont — dijo —, vete tú a Deauville que mañana a lo más tardar iré a encontrarte en el hotel.

— Bueno, Jorge, pero no faltes hoy... Partiríamos los dos...

— Por poco que pueda iré... Toma un billete; yo me quedo con el otro...

Y después de besar a su dulce y resignada mujercita, marchó hacia la calle.

¡Oh, unos días de libertad! ¡El pasaría una semana en París, mientras su esposa le aguardase tranquilamente en la playa francesa!

Yvona preparó tranquilamente su equipaje, pensando en que pasarían unos días espléndidos en la hermosa y tentadora ciudad... ¡Tal vez Jorge lejos de París olvidara sus pecados!



Si había algo de verdad en la superstición de que los malos ensayos auguran una buena noche de estreno, el drama de Juan Corot prometía ser un éxito sin precedente.

Juan Corot era un novelista de moda en Francia y había escenificado su última obra

de inmenso éxito "Ojos Verdes", en la que trataba de los peligros del divorcio.

Lulú era la primera actriz de la compañía y la protagonista del drama. Wildor, el director de escena, un sujeto muy elegante, disponía las escenas de modo que indignaban a Carol.

Los cócticos destruían su obra con vulgaridades que crispaban los nervios del autor. ¿Qué gestos, qué ordinarios, qué poca voluntad en el trabajo!

Monfort llegó al escenario. Para todos era allí conocido con el nombre del doctor Roget, pues no había querido dar el suyo, temeroso de que le comprometieran ante su esposa sus aventuras galantes con Lulú.

Avanzó tranquilamente y Lulú, al verle, se echó en sus brazos.

—Chica — le dijo él —, debemos suspender el viaje a Deauville. Mi esposa se ha empeñado en acompañarme. No te enfades. Esta noche ella marchará sola hacia la playa, y yo quedaré por unos días completamente solo en París. Aprovechemos el tiempo para divertimos...

Lulú estaba casada, pero sentía por su marido una gran repulsión; era la última y agradable conquista de Monfort. Este hombre a quien gustaba la variedad, se prometía unos magníficos días en París...

—Pero, Lulú, ¿quiere hacer el favor de venir a continuar el ensayo? — dijo Wildor.

—Ahora, ahora!

—Y yo que pensaba realizar un corto viajecito! — respondió la artista.

—No te preocupes! Mientras tengas mi cariño, esto te basta...

La alcega actriz se dirigió a continuar las escenas del drama, mientras el novelista Corot se disponía a abandonar el teatro, maldiciendo el momento en que quiso adaptar a las tablas su novela.

Monfort se acercó a él y le saludó cumplidamente.

—Está sacado de su novela "Ojos Verdes" este drama ¿verdad?

—Sí, querido doctor... Pero lo único que de ella queda, es el título... No permita nunca que pongan en escena sus obras de medicina.

—Nunca, nunca! — respondió Monfort, riendo.

—Si el otro supiera que no entendía ni pizca de medicina!

Proseguía el ensayo.

—Me están entrando ganas de tomar el último tren para la China! — dijo Corot —. Los artistas destruyen todos los matices de mi obra!

—¡Hombre! — dijo su amigo lleno de repentina inspiración —. Tengo un billete para Deauville que está mucho más cerca que la

China, y donde no hay revolucionarios. Se lo vendo. Yo lo voy a perder, pues no he de aprovecharlo.

Vació un instante el novelista. ¡Sí, era mejor abandonar el teatro, alejarse de aquel ambiente que le caía encima, vivir unos días en las doradas playas de Deauville.

—¡Acepto, amigo!

Pagó su importe y Monfort le entregó el billete.

El novelista marchó rápidamente, pues iba a salir pronto el tren, y Monfort esperó a que terminase el ensayo su querida amiga Lulú...

¡Lo menos... lo menos... hasta dentro de ocho días su esposa no le vea el pelo!

Media hora más tarde, el expreso de Deauville estaba ya lleno de viajeros. Ivona había ocupado ya su puesto en el "sleeping"; era mi departamento reservado para dos. Hizo extender uno de los sillones-camas, y esperó la llegada de su esposo...

Salió al comedor, dando muestras de impaciencia. ¿Iría Jorge con ella o por el contrario se quedaría en París hasta la otra mañana? Este pensamiento la impacientó.

Entretanto, el novelista Juan Corot era conducido al mismo departamento que tenía Ivona.

El tren comenzó a marchar y la esposa se resignó a efectuar sola el viaje. Sospechó si

sería todo un engaño de su marido. ¡Ah, aquella inscripción del muñeco!

Volvió a su puesto y se encontró con la desagradable sorpresa de que un caballero desconocido ocupaba el otro sillón-cama.

Pero... ¿quién es usted? — dijo, entre ofendida y extrañada.

Señora — respondió Corot, no menos sorprendido —: este es el sitio que me pertenece; vea usted mi billete.

Ella comprobó también el suyo. ¿Pues no era error? Una súbita sospecha se clavó en el alma de Ivona. Ella sabía que aquel compartimiento era para dos y que el otro billete obraba en poder de su marido. ¡Ah, el miserable!

—¿Le vendió a usted por casualidad el billete el señor Jorge Monfort? — preguntó.

—¿Se lo compré a un tal doctor Roget!

¡Qué extraño era todo aquello! Ivona no comprendía cómo el tal billete lo tenía aquel caballero. ¿Y como iban a pasar solos los dos toda la noche en el salón reservado?

El novelista, comprendiendo la embarazosa situación de la dama, respondió:

—No se apure... Yo me trasladaré a otro coche.

Llamó al inspector de tren, exponiéndole su pretensión de mudarse de sitio, pero el empleado le contestó en forma algo brusca.

—Caballero, es muy raro encontrar depar-

tamientos los sábados en el tren de Deauville. Todos están ocupados...

Salió el inspector y entonces Corot dijo a la hermosa viajera:

—Yo pasaré la noche en el corredor. ¡Esté usted tranquila! ¡Que usted descanse!

E inclinándose respetuosamente, se alejó, yendo a sentarse en el estrecho pasillo del tren.

Ivona sonrió ante la extraña aventura. ¡Un caballero en su departamento! ¡Tenía gracia la cosa! ¡Y cómo se aburriría el pobre en su incómodo sitio sin poder conciliar el sueño!

Cogió un libro y salió al corredor...

—Si le gusta leer, puede quedarse este libro — le dijo—. Por supuesto, no siendo mujer, le parecerá muy inocente — añadió con una sonrisa fina y cautivadora.

El caballero se apoderó del volumen y leyó la cubierta:

Ojos Verdes
por Justa Corot

No pudo menos que sonreír ante la divina casualidad...

—Lo he leído ya — respondió muy finamente—. ¿Y le parece a usted inocente?

—A ratos. Me falta acabarlo aún. Me hubiera gustado estar de conformidad con el autor... Querría creer como él que un hombre puede amar verdaderamente a una sola mujer, pero es imposible encontrar en la vida real un

hombre como el protagonista de la novela.

—¿Lo piensa usted así? — le respondió él.

—Estoy segura de ello... Pero... buenas noches señor...

Ivona, sonriente, volvió a encerrarse en su departamento. El mullido lecho del *sleeping* le brindaba una deliciosa noche de paz. Pero se vió desvelada por extraños pensamientos que parecían rimar con el monocorde ruido del tren. Vela a su marido, faltando a la cita con toda precisa intención, y luego le parecía entrever otra imagen de hombre, confusa, pero de rasgos enérgicos: el hombre que estaba allá cerca, sentado en el corredor, volando su sueño como los caballeros antiguos...

Al día siguiente al llegar a Deauville los dos se despidieron cumplidamente. Pero quiso la casualidad que fueran a parar al mismo hotel.

Corot llegó a él después de haber entrado Ivona. Firmó a continuación de ella en el *bureau*. En el libro registro pudo enterarse de que la viajera era la señora Ivona de Monfort. ¡Una casada! ¡Qué pena!

El novelista se dispuso a pasar unos días en la elegante playa, olvidándolo todo... Pero aquella tarde, en el parque zoológico de la ciudad, se encontró de nuevo con Ivona.

Ella llevaba un libro en la mano y Corot, fijándose en él, le dijo:

—¡Veo que sigue usted leyendo "Ojos Verdes"! ¿Qué piensa usted ahora del autor?

El pobre está poseído de un idealismo absurdo... Por ejemplo... él cree que en el amor verdadero no pueden existir los celos...

¿Y a usted no le parece bien su idea? — dijo el novelista para quien aquella mujer comenzaba a significar algo interesante.

No tengo juicio formado — respondió ella —, pero permítame que le diga que aun no me ha dicho usted su nombre... y que no sé hasta qué punto...

—Yo soy Juan Corot... — dijo él interrumpiéndola.

Ivona le contempló asombrada.

Pero... ¿no será el Juan Corot autor de este libro? — agregó, como si le pareciera imposible la casualidad de estar leyendo la obra del hombre que tenía delante.

—Sí, señora, soy el novelista... No lo parece ¿verdad?

Comprendiendo que había dicho una tontería, Ivona exclamó:

—¿Qué indiscreta he sido! ¿Usted perdone, caballero...!

Se despidió de él nerviosamente, y se alejó hacia el hotel, invadida de confusos pensamientos...

¡Aquel hombre creía en el amor de una sola mujer! Ivona comparó mentalmente aquel espíritu sereno con Montfort, de quien ella conocía, resignada, muchas de sus infidelidades.

¡Oh, cuando llegase Montfort a la maña-

ña siguiente, ella le hablaría de aquel libro! ¿Por qué no guardar fidelidad por encima de todo?

Pero al día siguiente Montfort no llegó... ni al otro... ni al otro...

Ivona estaba desesperada ante la conducta escandalosa de su marido. Ahora comprendía bien la excusa de Jorge. Su marido había querido alejarla de París para poder estar a sus anchas, viviendo licenciosamente con sus fáciles conquistas. Y ella a medida que pasaba el tiempo ante aquella conducta, comprobaba sin pena que el amor por su esposo iba desapareciendo de su corazón.

Montfort le envió varios telegramas asegurándole que tenía un trabajo abrumador en París y no podía abandonarlo, mas iba a llegar de un día a otro.

Pero Ivona parecía ir olvidando poco a poco la figura repulsiva de su marido. Por la primera vez desde el día de su casamiento, ella había pasado una semana entera sin estar sola.

La acompañaba en sus paseos el novelista Corot e Ivona se sentía transportada poco a poco a los paraísos de la emoción escuchando la frase cálida, apasionada de su nuevo amigo.

Una tarde, jugando al "croquet" en el jardín del hotel, ella se torció un pie. Tambaleóse unos instantes y tal vez hubiera caído al suelo si Corot no se aprestara a estrecharla en sus brazos.

Aquel abrazo involuntario causó a Ivona una impresión profunda, y desprendiéndose de su amigo, fué a sentarse en uno de los bancos del jardín.

El la contemplaba con respetuosa admiración.

—¿Le duele a usted todavía el pie, señora? —le preguntó.

—¡Me había olvidado completamente de él! —respondió Ivona.

Los dos se miraron en silencio, como si sus corazones se sintieran atraídos por el mismo encanto.

¡Ah, durante aquellos días, en el hotel, Ivona había podido establecer la diferencia que existía entre el novelista Corot, hombre y leal y franco, todo corazón e hidalguía, y su marido que continuaba demorando, estúpidamente, su viaje a Deauville!

Por su parte, también Juan Corot sentíase invadido de un gran afecto hacia aquella criatura. Pero, hombre noble, leal, respetaba su situación de casada...

Al verla ahora junto a él en el jardín, al percibir el aliento suave y fragante de su persona, le murmuró sin poder reprimir sus pensamientos:

—Para mí es un obstáculo enorme el que usted sea casada, porque sino... sino...

Ella le atajó, para responderle dulcemente:

—¿Querrá usted creer que para mí resulta todavía un obstáculo mayor?

—¡Oh, señora, yo la amo, pero...!

—¡Juan!

Sus labios se juntaron, uniéndose, proclamando su amor. Pero el novelista recobró pronto su dominio sobre sí mismo:

—Acabo de cometer una imprudencia, señora... Me marchó para no volverla a ver jamás...

Y se alejó de ella, mientras en los ojos de Ivona aparecían unas lágrimas... ¡Aquel hombre era seguramente la felicidad, el tesoro de un amor verdadero, no la indiferencia de un Monfort!... Y volvió también al hotel, pensando en la amargura del destino que separa y lleva por caminos distintos a las gentes a quien todo une; las ideas, los pensamientos, las costumbres...

Aquella noche, el novelista Corot, preparó su equipaje, dispuesto a huir del ambiente malsano de Deauville...

Es fácil para un hombre decir que no volverá a ver jamás a una mujer; mas el hombre necesita un poco de ayuda de la mujer...

Ivona llamó al cuarto del novelista.

—¡Oh, señora, entre usted! —dijo él, emocionado.

La dama poseó sus ojos por el equipaje y vió que el escritor había tenido el mismo pensamiento que ella.

—Yo también me marchó — le dijo —, y vengo a despedirme de usted...

—¡Señora! — dijo el novelista, emocionado —. ¡Si usted fuera libre! ¡Pero su marido será una persona honrada y yo no tengo alma de rufián!

Por la mente de Ivona pasó la imagen de Monfort, mujeriego, juerguista, que seguía en París, sin dar señales de vida... Y respondió con lentitud, fijando en él sus hermosos ojos:

—No sé por qué me parece que es usted la persona más intensa que he conocido en mi vida...

Llamaron. Corot hizo un signo de impaciencia.

—¿Por qué vienen a importunarnos? ¿Quién debe ser?

Ivona estaba aturdida. Era preciso ocultarse en algún sitio. No estaba bien que la encontrase nadie allí, aunque fuese un humilde criado...

—Aguarde en esta habitación — dijo Corot —. Será cosa de un momento.

Ivona se encerró en el cuarto contiguo y el novelista franqueó la puerta a un visitante.

—¿Cómo? ¿Usted aquí, doctor Roget? — dijo —. ¿Qué sorpresa más agradable!

Era Monfort el propio marido de Ivona, pero al que conocía el novelista por el único nombre de doctor Roget.

—Vine a ver a mi mujer; acabó de llegar y

me llamó la atención ver el nombre de usted en el registro del hotel...

Ivona había escuchado, horrorizada, aquella voz. ¿Su marido allí! Pero, ¿eran conocidos los dos hombres? ¿Por qué le había dado Corot el nombre de doctor Roget?

—Pues sí, amigo mío — siguió diciendo Monfort —, después de divertirme unos días en París, vengo a recoger a mi pobre mujercita que estará echando pestes contra mí... ¿Pero cómo? ¿Se marcha usted? — agregó al ver las maletas abiertas y casi llenas —. ¿A qué se debe tanta prisa en volver a París?

El semblante del escritor se ensombreció amargamente.

—No es prisa, es miedo de quedarme en Deauville...

Ivona tembló en su escondite.

—Apostaría cualquier cosa a que está usted enamorado...

—¡Sí que lo estoy! — respondió Corot —. Y lo que es peor, de una mujer casada, contrariando mis principios y creencias...

Se notaba en la actitud de Corot, la tristeza de aquella pasión, de aquel amor puro, pero imposible amor hacia Ivona.

—Yo no les hago caso a los principios — respondió Monfort con desfachatez —. Lulú está casada, pero esto a mí me tiene muy sin cuidado.

Los celos crisparon las manos de Ivona.

¡Ah, miserable! Las sospechas se convertían en realidades crueles. ¡Cómo la estaba engañando el infame!

—Nuestro caso es diferente — respondió Corot —. Nosotros nos amamos de veras...

—Pues no hay más que ir al marido y decirle... ¿Qué culpa tiene usted de que el estúpido no sepa hacerse amar de su mujer? — dijo Monfort, riendo a carcajadas.

Ivona no supo contener su indignación al escuchar aquellas palabras. ¡Ah, infame! El mismo, sin querer, se acusaba, de modo justiciero...

Decidida a todo, salió de la habitación y avanzó hacia su marido. Corot la contempló asombrado, preguntándose por qué motivo salía ella de su escondite...

—Jorge, esto que acabas de decir es lo más acertado que has dicho en tu vida — exclamó ella.

Y le lanzó una mirada de profundo desprecio...

Monfort con los ojos chispeantes de extrañeza, les miró a los dos. ¿Por qué su mujer estaba en aquella habitación? Diablos... ¿es que tal vez...?

—¿Conque esta es la mujer casada de que está usted enamorado? — gritó al novelista.

—Sí, querido...

—¡Canalla! — rugió entonces el marido —. ¿No sabe usted que esta es mi mujer?

El novelista retrocedió con espanto, creyendo vivir una novela.

—¡Jorge! ¿Te ha llamado canalla alguna vez el marido de Lulú? — dijo ella iriamente.

—Esto es muy distinto — protestó Monfort.

Corot contemplaba a su amigo y a Ivona, temiendo ser víctima de una abdicación.

—Pero, ¿cómo es posible que usted sea el esposo de la señora Monfort? ¿Usted, el doctor Roger?

—El doctor Roger y Jorge Monfort, somos una misma persona. ¿entiende usted? — dijo el marido.

—¡Infame! — gritó ella—. Ignoraba yo que usases otros nombres para tus devaneos... No debes tener muy leal la conciencia.

Monfort estaba anonadado.

Pero el novelista, cuya hidalguía de corazón estaba por encima de todo, pensó renunciar inmediatamente, como ya lo había hecho antes, a su ensueño de amor. ¡El no quitaba su mujer a un amigo!

—Amigo mío — le dijo —, no quiero en modo alguno destruir vuestra felicidad.

Pero Jorge se había sentado en un sillón y meditaba... Ivona comprendió que ya no reinaría nunca más la dicha en aquel matrimonio.

—Jorge — le dijo ella al cabo de unos momentos de silencio —, hiciémos muy mal en ca-

sarnos y ahora no nos queda más remedio que hacer frente a la realidad...

Levantóse Monfort y contempló a su esposa. Le pareció que su conducta había destrozado el corazón de Ivona y dijo, convencido de que no podía hacer nada mejor en su vida:

—No quiero, en modo alguno, ser un obstáculo a tu felicidad. Si le amas, cástate con él.

El novelista callaba. Él amaba a Ivona, ciertamente, pero estaba dispuesto a retirarse si ella lo quería así.

Ivona, que no sentía ya por su marido ni una leve sombra de amor, después de todo lo ocurrido, le dijo:

—Eres muy generoso, Jorge...

—Gracias — respondió Monfort —, pero no debes agradecermelo. La verdad es que yo no he nacido para casado. Pué un error nuestra unión. El divorcio me hará libre y a ti te dará la felicidad. Los dos saldremos ganando. Adiós, Ivona! adiós, Corot...!

Abandonó la habitación, dejando solos a los dos amigos que se miraron en silencio, sin osar romper la quietud de aquel solemne momento de libertad...

Por fin, él la abrazó y besó suavemente:

—¡Mi Ivona, mi Ivona, vas a ser libre y mía! ¡Nos casaremos pronto! ¡Eres la mujer soñada en mis novelas y en mi vida!

¡Te quiero, Juan! — respondió ella —, ¡Te quiero por tu caballerosidad, por tu carácter, por tu nobleza! ¡Vamos a ser muy felices, querido...!

Y un beso de amor cantó la pasión gloriosa de sus almas jóvenes, bien unidas.



Pocos días después en París, visitaron a un famoso abogado, Ivona, Monfort y Corot.

El abogado dijo a Ivona:

—Señora, tengo el gusto de informar a usted, que su asunto está ya arreglado. El juez ha concedido el divorcio entre usted y el señor Monfort.

Una alegría indescriptible brilló en los ojos de Ivona al verse libre de Monfort, aquel hombre al que nunca había amado. Sonrió a Corot, que cerca de ella le miraba, feliz y radiante por el triunfo...

Cerca de ellos estaba Monfort, tan elegante como siempre, manejando un bastoncito de juncos, y sonriendo a la declaración del juez.

¡El también ansiaba el divorcio! Este le permitiría vivir en entera libertad, dedicándose por entero a la dulce profesión de amar a muchas mujeres para olvidarlas después, como maestro don Juan Tenorio...

No se volvería a casar: había cometido una vez lo que él llamaba "su pecado mortal" y

no lo repetiría. Poco le importaba saber que el novelista e Ivona iban a ser felices... ¡Que se casen! ¡El, efectivamente, nunca había sentido por Ivona otra cosa que una ligera simpatía!

El abogado dió por terminada la consulta.

Al salir, Monfort saludó con una inclinación de cabeza a su mujer, y luego dijo a su amigo: — ¡Amela usted mucho, viejo!

— Haré lo que pueda, para no repetir sus errores — contestó, altivo, el novelista.

Ivona y Corot marcharon en un mismo coche y Monfort salió a dar una vuelta por el centro de París.

— ¡Qué felices! — pensó —. ¡Parecen dos jovencitos enamorados! ¡Oí, no siento celos. ¡Después de todo, yo soy mucho más dichoso ahora que soy libre!

Y se dirigió al teatro a ver a Lulu, mujer algo extravagante, de la que comenzaba a cansarse. ¡Pensaba sustituirla por otra chica, a la primera ocasión!

Unos días después, el novelista e Ivona contraían matrimonio. Ivona pensaba que entonces comenzaría a vivir la existencia dorada del verdadero amor que ella no había conocido nunca.

Pasaron unos meses. Estruendóse la obra "Ojos verdes" en otro teatro, obteniendo un éxito definitivo. La crítica se ocupaba con entusiasmo del insigne escritor, que después de

cultivar la novela penetraba en los difíciles torneos de la técnica teatral.

— Nuestra felicidad no se acabará nunca — decía ella a su nuevo marido. — ¡Eres tan diferente del hombre que hasta hace poco fué mi marido! Tú vives por encima de todo, para mí, ¿no es verdad?

— Toda mi obra, todo mi arte están consagrados a la mujer. ¡Y esta mujer eres tú! Te presentía antes de conocerte. Figúrate si te querré ahora, inspiradora mía...

Pero la nueva señora Corot, no tardó en darse cuenta de que un novelista puede tener momentos de inquietante realismo, y que no todo es lirismo poético en la vida de los artistas...

Ella notaba, con la fina percepción de las mujeres enamoradas y celosas a las que no se les escapa nada de sus idólos, que Corot aparecía a veces distraído, recibiendo con una sonrisa un poco fría, cuando iba ella a su despacho a rogarle que cesara de trabajar.

Corot amaba a su mujer, pero no del exclusivo modo que ella pretendía. El novelista quería también a sus obras, hijas suyas, de su imaginación de creador, y si Ivona la adoraba con amor de esposa, a aquellas las rendía una devoción paternal.

Además, a veces en las reuniones y tes que daban los esposos, Ivona se sentía agitada por

una nueva pasión; unos celos para ella desconocidos hasta entonces.

Cuando era esposa de Montfort, no experimentó nunca este tormento.

Como no le amaba, no sintió el ardor trágico de los celos. Pero ahora sí; ahora el temor a que alguna mujer le robase a su marido la enloquecía...

Cierta tarde, en uno de los selectos tes, el novelista con su sonrisa peculiar de hombre de mundo hacia los honores de la casa. Espirita fino, elegancia, tenía siempre en los labios un madrigal o una frase oportuna.

Se hallaba conversando con dos hermosas damas de la alta sociedad.

Hablaban de amor y la conversación era muy interesante y atractiva a juzgar por las sonrisas de ellas.

Ivona, envidiosa de que su marido pudiera encontrarse feliz al lado de otras mujeres, le llamó y le dijo con una expresión de melancólico reproche:

—Te amo tanto, Juan, que hasta celos tengo. ¿Por qué bromas con mis amigas?

—Cuando sientas celos, cuenta hasta cien y se te pasarán — le respondió él, con la tranquilidad del hombre superior que rechazaba las cosas inútiles y deleznales.

—Así lo haré, bien mío, pero, ¿me perdonas mi queja?

—La perdono porque la dicta el amor... Pe-

ro, créeme, si pasase por mi mente el engañarte, no te daría celos. Los celos son una epidemia que se puede evitar con cuidado...

Corot se separó de su mujer para ir a recibir a un caballero y a una hermosa mujer que entraba en el salón.

El hombre era Jim Wildsor, el director artístico del teatro des Anges, y ella, una artista famosa, una estrella del drama... en el teatro, y en la vida.

El novelista gustaba de rodearse de cuantos tenían alguna relación con el arte, y habiendo encontrado el día anterior al director, le invitó a que le visitase en su casa. El dijo que la acompañaría una hermosa damita, a lo que no se opuso el escritor.

Corot estrechó la mano de Wildsor y éste le dijo:

—¿Me permite usted que le presente a Mademoiselle Blanchette?

—Es un placer para mí...

Besó gentilmente la mano de aquella rubia mujer y presentó ésta a su esposa.

Era Blanchette, una mujer llamativa, de aspecto seductor, de ojos de un azul intenso, de dorado cabello... Vestía un traje lujosísimo que modelaba graciosamente la entonada de su figura de estatua.

Ivona se sintió acometida de cierto malestar ante la presencia de esta actriz que alto-

ra, acompañada de Corot, había ido a tomar asiento en un discreto rincón de la sala.

—¿Quién es ella? ¿Qué hace? — preguntó, inquieta, a Wildsor.

—Mademoiselle Blanchette es la nueva es-



Era Blanchette, una mujer encantadora...

trelia del teatro des Anges... y tiene fama de ser la mujer que ha arruinado más hogares de París — le dijo el director.

—Lo sospeché al entrar.

—Pero, no tema usted, señora. Su marido es demasiado serio para pensar en tonterías... en banalidades...

Ivona contemplaba con ojos inquietos el grupo que formaban su marido y Blanchette.

—¿No tema usted! — siguió diciendo Wildsor.

Pero ella le miró severamente como si le preguntase por qué motivo, con qué derecho intervenía él en un asunto que no le atañía. Y sus ojos siguieron clavados en Juan y la actriz...

Mientras tanto, el novelista y la actriz hablaban. Y ella le decía, con una sonrisa atrayente y peligrosa, de sirena de la tierra que atrae con su voz y sus encantos a los hombres:

—Ahora que le conozco, comprendo por qué me gustó tanto su novela. Tiene usted temperamento de artista y ha vaciado en su libro ese tesoro de su corazón.

El novelista escuchó complacido a aquella mujer, de indiscutible talento, cuyo nombre había visto muchas veces en las reseñas teatrales, elogiando sus creaciones en escena.

—¿Y por qué no escribe usted una obra teatral?

—Escribí ya una: "Ojos verdes" — dijo él —; pero... tuve que luchar con unos críticos sin gracia, chabacanos, acostumbrados a lo vulgar y adocenado...

—Y ahora, ¿no hace usted nada? ¿No escribe nada?

—Estoy terminando un drama, pero me falta entusiasmo para acabar. ¿Pensar que he de

volver al teatro, con el calvario de los ensayos y de los artistas, que no se toman más que un relativo interés para mi obra!

Blanchette le dijo entonces, abriendo su boca rosa y temblorosa de luz:



—*Estoy terminando un drama...*

—Y si yo se la representase, ¿entonces?

—¿Usted?, ¿usted me haría el honor...?

—¿Sería yo quien tendría que agradecerse-lo, Corot? Termine usted pronto esta obra cuya interpretación quiero poner todo mi arte...

—Blanchette! ¿Es usted admirable! — di-

jo él con infantil entusiasmo y pensando en la diferencia que existía entre Lulu, por ejemplo, y esta otra actriz de reconocida fama.

Vió a su mujer que le contemplaba duramente, enrojecida por los celos. Entonces él, sonriente, le hizo un gesto de inteligencia. ¿Celos a aquella hora? ¿Y el remedio? ¿Ya no se acordaba de él?

Ella comprendió la significación de aquellos signos y empezó a contar, nerviosa y atropellada: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Corot, sonriente, le agradeció con una inclinación de cabeza, aquel sacrificio. ¡Sí, sí, a apallar los celos, enfermedad inútil y peligrosa!

Y continuó departiendo cariñosa y amablemente con Blanchette. Cuando acabó la reunión, eran los dos muy amigos...

Blanchette se sentía interesada por la vida de aquel escritor, y al salir le animó para que no olvidase su "drama".

—¡Se lo prometo! ¡Esta noche pondré mano a la pluma de un modo febril!

Pero Juan Corot, únicamente simpatizaba con Blanchette desde el punto de vista artístico. ¡Nada más! El corazón, el alma, los mejores pensamientos sentimentales, estaban dedicados a Ivona, la diosa de su vida, la mujer suya y sagrada ante la ley.

Corot comenzó su trabajo con intensidad manifiesta. Y a Ivona no le desagradaba este

esfuerzo de su marido, que escribía para lograr un puesto en las filas de la posteridad.

Ella le ayudaba con su fina sonrisa, de mujer enamorada y buena.

Pasaron los días; el escritor acabó su obra y por fin una noche llegó el estreno del drama de Juan Corot.

La acción intensa, sobria, dramática, motivó un éxito delirante para él.

El público aclamó con entusiasmo los pasajes principales de la obra y la interpretación soberbia, realmente emocionante, de Blanchette.

Ivona se hallaba en un palco acompañada de varias amigas y se unía también con aplausos a aquellas demostraciones de júbilo...

— ¡Su esposo es ideal, como hombre y como artista! — le dijo una de las damas.

— ¡Es una gloria de nuestra tierra!

— ¡Un perfecto conocedor del alma femenina!

Aturdida por los elogios, ella contestó con su sonrisa de sinceridad y de bondad:

— ¡Muchas gracias, en su nombre!

Sentado en una de las butacas se hallaba Jorge Monfort, el primer marido de Ivona. Al ver a ésta la saludó con una respetuosa inclinación, que ella contestó fríamente.

También Monfort aplaudía el éxito del drama de su sucesor, pero lo que le complacía especialmente era la labor de la actriz.

— ¡Qué estupenda mujer! — se dijo. — ¡Superior a Lulú en todo, absolutamente en todo! El había reñido con Lulú. Ahora su cora-



Ivona se hallaba en un palco...

zón estaba libre y necesitaba encariñarse de nuevo con alguien, deseoso siempre de libar el néctar prodigioso de los amores fáciles.

Entre bastidores se encontraba Juan Corot,

tranquilo, apacible, sin que hiciera mella en él el entusiasmo del público.

Al terminar la obra, se repitieron con mayor intensidad las ovaciones y el público reclamó a escena la presencia del autor.

Blanchette, que había saludado, agradecida, los aplausos que ella compartía también, fué a buscar a Corot para que saliera a dar las gracias.

Apareció en escena el autor, dando el brazo a Blanchette y siendo objeto de una ovación carífosa, a la que el ilustre escritor contestó inclinándose profundamente.

El telón tuvo que alzarse numerosas veces para corresponder a las simpatías incesantes.

Ivona se rompía sus maneritas de nieve aplaudiendo también. Pero no pudo reprimir un michín de celos al ver a su marido dando la mano a Blanchette y al contemplar como ésta tenía la expresión fija y encantadora, puesta en Corot.

Comenzó a desfilar la gente; Ivona quedó aún con algunas amigas comentando el éxito de la jornada.

—¡Un primor, querida Ivona! ¡No hay duda de que su marido es hombre de buen gusto! —decía una de las damas.

Monfort se levantó y después de saludar su ex esposa salió de la sala de espectáculos.

Un gran interés por Blanchette flotaba en su alma. Era encantadora aquella mujer de ni-

rada profunda, de ojos ardientes, llenos de un fuego pasional.

Se dirigió a comprar un magnífico ramo de flores y volvió con él al camerino de la artista.



Apareció en escena el autor.

Llamó a la puerta y Blanchette, alegre y gentil, apareció en el umbral. Dentro, sentado en una butaca se encontraba Juan Corot.

—Permítame usted que le ofrezca este ramo como símbolo de admiración —dijo Monfort—. Van en él mi recuerdo y mi parabién.

Blanchette sonrió a su admirador y le dio a besar su mano.

—¡Gracias, amigo, pero...!

Le hizo un gesto de excusa, señalándole a Corot que estaba dentro del cuarto. El no podía entrar; tenía visita.

Jorge Montfort saludó a Blanchette, envolviéndola en una mirada amorosa.

La actriz volvió al lado de Corot...

—¡Qué éxito! ¿verdad? — le dijo extendiendo los brazos y desperexándose voluptuosamente. — ¡Y merecido!

—Usted ha salvado mi obra, Blanchette! ¡Con su arte, mi drama ha ganado mucho más! — dijo él.

—Quiero darle un beso por haberme escrito un drama tan admirable.

Y Blanchette le echó los brazos al cuello pretendiendo acercarle los labios, como un agradecimiento de artista o como pasión de mujer... Esto no lo comprendía bien el escritor...

El echó la cabeza atrás, pretendiendo librarse de aquel abrazo tentador, de la fuerte caricia de aquella hermosa mujer, cuyos ojos parecían implorar caricias.

—¡Juan! — murmuró ella — ¡Quiero darle un beso!

Y juntó sus labios con los suyos, y el escritor, a pesar de que comprendía que era un ingrato, un traidor al dulce cariño de Ivona, tan perfecto y sagrado, besó también, reci-

biendo el perfume exquisito de los labios frescos y pintados de la muchacha.

Ivona pasó por el corredor buscando a su marido.

Encontróse con Wildsor, quien le dijo que Corot estaba en el cuarto de Blanchette.

Ella penetró deculida en el camerino de la artista... Retrocedió horrorizada al ver un espectáculo cruel...

Su marido y Blanchette estaban unidos en estrecho abrazo, y sus bocas se plegaban unidas.

Sintió una espina cruel que le desgarraba la carne. ¡Miserables, miserable él por encima de todo! ¡Engañarla así, de aquella manera! Pero queriendo evitar un escándalo, volvió a salir sin que ellos se dieran cuenta de la presencia comprometedora de la esposa.

Ivona pasó veloz, furiosa, en los ojos unas lágrimas... Wildsor la dijo sin comprender:

—¿Lo ha visto usted?

Ella le dio una mirada violenta, severa... y desapareció hacia el fondo del corredor.

¿Qué habría sucedido? Wildsor, hombre curioso penetró en el camerino de Blanchette y el abrazo y el beso perduraban aún...

Todo lo comprendió entonces el director artístico del teatro... ¡La esposa de Corot había sorprendido a éste en aquella comprometida situación!

Acercóse y tocó un hombro de Corot. Este,

que estaba de pie abrazando a la bella Blanchette, se volvió rápidamente y vió a Wildsor.

— ¡Su esposa acaba de estar aquí y les ha visto! — dijo simplemente el director.

— ¡Oh, Dios!

El escritor salió precipitadamente hacia el pasillo para ver a Ivona y darle explicaciones de su irreflexivo acto, pero ella estaba fuera.

Volvió desesperado al cuarto de Blanchette. Wildsor había salido ya...

Se paseaba el escritor nerviosamente por el camerino. ¡Qué estupidez había cometido al dejarse besar por aquella Blanchette que al fin y al cabo le importaba poco o nada! ¿Qué diría ahora su mujer, ella que era el verdadero amor de su vida, ante la espantosa realidad que se le ponía delante?

— ¿Qué le diré yo a mi esposa para tranquilizarla? ¿No querrá creermé nunca? ¿Cómo decirle que nuestro beso fué de simple gratitud artística?

Pero Blanchette estaba contenta por la aventura. Aquello era su especialidad; lo había dicho Wildsor a Ivona: había deshecho muchos hogares en París.

— ¿Quién sabe si yo podré sacarle del apuro? — le dijo —. ¡No es esta la primera vez que me encuentro en una situación semejante!

— ¡Imposible, imposible! ¡Apenas formando mi hogar... y ya roto!

— ¡No diga esto! — le advirtió con felina

adoración la inquieta artista. — A usted nunca le faltará una mujer que le quiera, una mujer que le adore como yo.

Y sus labios le besaron otra vez y el escritor sintió vacilar su fidelidad conyugal.

Fueron absolutamente inútiles las excusas que al día siguiente, pues aquella noche Ivona no quiso atenderle, le dió su marido para tranquilizarla.

— Ivona, ¿no comprendes que entre ella y yo no existe nada, absolutamente nada? ¡Me dió un beso como pago a mi labor, como un regalo que ella me hizo. Nada más! ¿Por qué confundes las cosas? Mi amor por ti se mantiene inalterable, Ivona, porque tú eres la verdadera mujer elegida para mi felicidad.

— ¡No me engañarás esta vez con frases elegantes! — le respondió ella —. Es inútil. No te esfuerces en mentir. ¡Y yo que te había creído mejor que los demás hombres! ¿Qué estúpida! Eres como todos, como Mouffort.

— No me pongas a su nivel.

— ¿Por qué? ¿Sois iguales! Con la diferencia que él era sincero y confesaba su culpa, y tú haces aún alarde de hipocresía...

— Pero, Ivona, no digas eso...

— ¡Todo ha acabado entre nosotros! Esta mañana voy a ver a mi abogado a pedir el divorcio.

— ¡Eso es una locura!

— Es lo único que puede hacer una mujer digna y honrada!

Le dejó en su aturdimiento, encerrándose en su habitación para llorar la amargura de su alma.

Lloró silenciosamente de celos... y de amor. ¡Qué desengaño! ¡Corot era como su otro marido, como Jorge Monfort, incapaz de guardar fidelidad cuando una mujer le sonreía con una promesa banal!

Pero ella amaba a Corot, le amaba porque aquel hombre había parecido al compañero ideal de su existencia, y ahora se veía maltratada por la daga de la traición. Pero pediría el divorcio: no quería compartir con nadie el cariño del esposo.

Fué a visitar a su abogado, un célebre jurisconsulto parisiense que ya había tramitado el primer divorcio de Ivona. Era su especialidad desnudar lo que la ley había juntado.

Y unas semanas después, el abogado reunía en su despacho, con una escena parecida a la de algunos meses antes, a la esposa ofendida, al marido y al amigo, el triángulo que ha ocasionado tantas desdichas en el mundo.

Se había concedido el divorcio. Por segun-

da vez, Ivona quedaba libre, pero ahora sin dueño y con un desengaño atroz en el corazón.

Blanchette se hallaba junto a Corot que con las manos en la cabeza parecía meditar sobre aquel triste destino que les separaba.

Firmaron el acta de separación, e Ivona, ocultando su amargura con una sonrisa desdichosa, dijo a Blanchette y a Corot:

— Tengo la seguridad de que serán ustedes felices. ¡Los dos toman el amor muy a la ligera!

— ¡Así lo esperamos, señora! — respondió, aulaz y provocativa, Blanchette.

El escritor nada dijo; dió una última mirada a su mujer, pareciéndole que su corazón se extinguía también al perderla.

Blanchette y Corot salieron juntos en automóvil.

En el coche, la actriz intentó arrancarle de sus dolorosas preocupaciones.

— ¡No pienses más en ella; ahora eres libre, afortunadamente! ¡Tenemos ante nosotros toda nuestra vida para amarnos! ¡Porque yo te quiero de veras, Corot!

Y el escritor, disgustado por la torpeza de su mujer, besó los labios de la artista.

— Niña mía, debo resignarme, ¿verdad? ¡Me casaré contigo! ¡Tú serás menos cruel que ella!

Y mientras se dirigían a un hotel, reían los

dos alegremente, como una pareja de recién casados.

A la mañana siguiente, ante el juez del distrito, Corot y Blanchette contraían matrimonio.

Los periódicos se hicieron eco de aquella noticia, e Ivona la leyó con un rictus de amargura. ¡Que les aprovechara! No quería saber nada más de él ni de ningún hombre. Ninguno merecía ser dueño de una mujer de co razón como ella.



Pasó el tiempo. Y al cabo de unos cuantos meses, Corot se dio cuenta de que el amor de Blanchette era un asunto sin importancia.

A medida que fue tratándola íntimamente se horrorizó al ver la distancia espiritual, el abismo que separaba sus sentimientos de los de ella... Blanchette vivía únicamente por el lujo, por la vida teatral, pero una vida intensa, agitada, de mujer que odia el hogar y ama solamente las tertulias de los artistas y la existencia noctámbula.

La mujer espíritu de su casa, la que acompañaba al marido en sus horas de desfallecimiento o de trabajo, no existía ni por asomo en el alma de Blanchette.

Y ella al encontrarse con un hombre severo, rígido, a quien no gustaba la frivolidad,

comprendió también el error en que había incurrido.

Y comenzaron a vivir la existencia horrible, equivocada, de los matrimonios sin unión.



Blanchette vivía únicamente por el lujo...

Cierta noche en un restorán Blanchette y su marido disputaron.

En otra mesa se encontraba Ivona con una familia amiga. La ex esposa contemplaba con ojos indiferentes a Corot. ¡Parecía mentira que aquel hombre...! Pero ¿no pagaría caro alguna vez su gran error?

—Esta noche tengo que volver al ensayo... — dijo Blachette a su marido.

—Pero, ¿qué puedes aprender en los ensayos que no sepas ya? — respondió él, indiferente. — Veo que se repiten tus salidas de noche de una manera escandalosa.

—¡Qué pesado y estúpido te pones, Juan! — protestó ella, rabiosa. — ¡Te vuelves inaguantable! ¡Es que no voy a poder ensayar? ¡Tienes unas cosas!

Lo cierto era que en los pocos meses que llevaban de casados, ella y él estaban respectivamente hartos de su matrimonio.

—¡Haz lo que quieras! — dijo Corot—. Pero yo voy a acabar con eso.

Iré siempre y cuando se me antoje, ¿entiendes? ¡Y ahora mismo!

V. carácter impetuoso, mujer furiosa, que se creía que todos los hombres debían ser esclavos de ella, se levantó y abandonó precipitadamente la mesa, rompiendo, al alzarse, unas copas de champaña.

Salió rápida, con ojos centelleantes, y los comensales comentaron en voz baja la "armonía". Eufónico, ¿verdad?

Ivona vió la escena y sonrió amargada. ¡Pobre Corot! ¡Bien pagaba su culpa!

El escritor quedó solo en la mesa y cogió un monedero de oro que su esposa había olvidado al levantarse.

Wildsor entró con una dama en el resto-

rán. Al pasar junto a Corot le saludó. Extrañado éste de que el director de escena estuviera allí, habiendo ensayo aquella noche, según le había manifestado su esposa, le dijo:

—Pero, ¿no ensayan ustedes esta noche?

—¿Hoy? No, ¿No tenemos ensayo hasta mañana!

Una sospecha se clavó en el corazón de Corot. Entonces, ¿por qué Blachette había inventado aquella noticia? ¿Adónde podía ir? Se sintió enfurecido por la conducta extraña de su mujer, y se levantó dispuesto a regresar a su casa y pedirle severas explicaciones.

Ivona y la familia amiga se habían levantado también para marcharse. En el *hall* topáronse frente a frente, Ivona y Corot.

Los dos se saludaron con una ligera inclinación; él, melancólico, comprendiendo lo que había perdido al separarse de aquella exquisita mujer, tan distinta de la que ahora era suya.

Nervioso, se le escapó el bolso de oro que llevaba en la mano y que vino al suelo, abriéndose y apareciendo al exterior su contenido.

Corot recogió los objetos y descubrió un llavín con una clapa de metal que llevaba esta inscripción:

Hotel Continental, Habitación número once.

No pudo reprimir su enojo, su exaltación. ¿Qué quería decir aquella llave? ¿Por qué es-

taba allí, en el monedero de su mujer? Sus ojos echaron chispas.

Ivona pareció comprender, y suavemente le dijo con la sonrisa de la mujer que se ve vengada por el tiempo:

—No te olvide de contar hasta cien.

—¡He pasado ya bastante de los cien! — gritó Corot.

Ella hizo un leve gesto de hombros como significando "Tú tienes la culpa" y se alejó tranquilamente.

Corot tomó el propósito de ir inmediatamente a la habitación once del Continental... ¡Qué asco le daba ahora aquella mujer ingrata, venenosa! ¡Oh, era verdad! Nunca había sentido amor por ella. Fue el destino, la vida con sus cadenas invisibles la que los unió para tormento de los dos. ¡Tal vez aquella miserable estuviera engañándole, escarniando su nombre. ¡Qué infamia!

Se dirigió al hotel. Llamó a la puerta. ¡Nadie! ¡silencio! Entonces introdujo el llavín en la cerradura y penetró lentamente en la estancia. Los dueños de ella no habían llegado aún. Encendió la luz. Ante él apareció una magnífica sala y al fondo una bella alcoba.

Lo primero que le llamó la atención fue un retrato: el de Blanchette colocado sobre una mesa.

Va no le cupo duda de su suerte. ¡Qué asco, qué repugnancia tan enorme le causó la

vista de aquella fotografía! ¡Y él había podido unir su destino a una mujer tan baja como aquella!

La esperaba allí para despreciarla, para echarla en cara toda su maldad y abandonarla luego... ¡Nunca más aventuras como aquella!

Entró en la alcoba, contempló los muebles de la suntuosa habitación, invadido de pensamientos sombríos.

Sintió pasos, alguien entraba en la contigua habitación. Esperó junto a unas cortinas.

Quien había llegado era Blanchette... acompañada de su amigo... y actual dueño de su corazón, Jorge Monfort.

Desde su escondite se sorprendió Corot al verles. ¡Y él era el primer marido de su mujer, aquel miserable Monfort!

Mientras Monfort tranquilamente se sentaba en una butaca, ella iba a arreglarse ante el tocador de la alcoba, empolvándose el rostro brillante.

—¡Pues, sí, querido mío! — decía la artista a Monfort desde la alcoba—. Es el marido más imposible que he tenido en mi vida.

—¡Es un imbécil! — respondió Monfort.

Cerca de las cortinas, veía Corot el alma desnuda de aquella mujer, su espíritu indigno.

—Dió un escándalo formidable en el Palace — agregó ella —, y después no contento todavía, se fué y me dejó sola.

Corot hizo un movimiento de hombros. ¡Qué embustera! Y a la primera indignación había sucedido una tranquilidad reflexiva. ¡Repulsiva mujer! ¡Y él era el marido de una cosa así!

— ¡Es una calamidad! — decía Monfort.

— Y en cuanto a mujeres...

— Sí; hace años que le conozco — respondió Monfort — Tiene más conquistas amorosas que el propio Barba Azul.

— Es un verdadero camilla, mas por suerte tú y yo nos queremos... y que se fastidie — agregó ella, con cinismo.

Se volvió hacia su amante y entonces descubrió, horrorizada, cerca de ella, la figura de su marido.

— ¡Ay...!

— ¡No te asustes! — dijo Corot, tranquilamente, cruzándose de brazos.

Monfort, atemorizado, creyendo que su amiga había descubierto algún ladrón, corrió hacia la alcoba y vió, acobardado, a Juan Corot.

La impresión que sufrió al verle fué indescriptible. ¡El marido de Blanchette! El antiguo marido de Ivona!

Temblando, pensando qué aquel hombre tomaría las cosas por la tremenda, le murmuró, horrorizado:

— Le aconsejo tenga mucha calma y no ol-

vide que los dos hemos pasado por estos apuros.

Se acordaba bien que en Deauville había ocurrido algo semejante aunque con los papeles trocados.

El marido contempló friamente a los dos, y salió con ellos al saloncito contiguo. ¡Si no quería riñas, ni escándalo! ¡El desprecio y la burla eran el mejor castigo para ellos!

Con una calma aterradora, que hizo temblar a los dos culpables, el novelista dijo:

— Ya veo, Monfort, que todavía sigue usted teniendo preferencia por las mujeres casadas...

— ¡Nuestro caso es diferente! ¡Nosotros nos amamos de veras! — protestó Monfort.

— ¡Miserable!

Y alzó, indignado, el brazo, como si fuera a perder la tranquilidad que se había propuesto conservar.

Ella, nerviosa, agitada, mujer que sabía representar comedias en escena y en la vida, dijo, con exaltación dramática:

— ¡Si le matas, Juan, me mato!

Pensaba que con la amenaza de quitarse la vida, ella evitaría una escena trágica entre los dos hombres.

Pero él no parecía muy dispuesto a tomar las cosas por la tremenda. Lanzó una mirada despectiva a su mujer y dijo a Monfort:

— Vamos a hablar de este asunto con cal-

ma. Dejemos a la señora que no nos moleste con sus nerviosidades.

— ¡No quiero que le hagas nada! — rugió Blanchette—. ¡Yo no te amo, no te amo! ¡A quien quiero es a Monfort!



— *Vamos a hablar de este asunto con calma.*

Monfort temblaba. ¿Por qué no callaba aquella mujer? ¿Qué ganas tenía de comprometerle!

El escritor, rechazando a la actriz, metióse la mano en uno de los bolsillos del pantalón con ánimo de mostrar el bolso de oro que ella se había olvidado en el restorán.

Pero Blanchette, creyendo que iba a sacar un revólver, dió un grito de horror.

— ¡Si le haces el menor daño, voy a tirarme por la ventana!

— ¡Haga usted el favor de no interrumpirnos! — respondió el marido, severamente.

— ¡Voy a matarme! — dijo ella.

Y dirigiéndose hacia el balcón se sentó en la barandilla para tirarse. Pero se horrorizó al ver la respetable altura en que se hallaba. ¡No, no: era mejor vivir!

— ¡Es capaz de tirarse! — dijo Monfort, atemorizado.

Y rechazando a Corot corrió hacia la mujer y la transportó a un diván.

Ella parecía desmayada, siguiendo el fingimiento para que Corot no hiciera nada contra ellos.

El escritor estaba muy lejos de querer matarla. ¿Para qué? Era mejor reconocer que se había equivocado al casarse con ella.

— ¿Qué hace usted con ella cuando se desmaya? — dijo Monfort, sin comprender la actitud impasible del marido.

— Darle una copita de coñac — repuso él.

Monfort salió atemorizado a buscar la copa y entonces Corot se dirigió hacia el diván donde aparecía desvanecida Blanchette.

La miró con desprecio y quitándose del bolsillo el monedero, lo tiró contra su pecho.

Blanchette abrió los ojos, furiosa, quejándose del golpe.

— ¡Insolente! — le dijo.



...se sentó en la barandilla...

— ¡Oh, no se enfade! Está usted representando aquí una comedia para que yo no haga nada contra Monfort ni contra usted, y puede usted evitarse el trabajo. ¡Entre usted y yo

todo ha terminado! ¡Que sean felices los dos, si pueden! ¡Queda usted libre por entero!

Y marchó, dejando a Blanchette estupefacta por la incomprensible actitud. Cerca de la



— ¿Qué hace usted con ella cuando se desmaya?

puerta, Corot vio a Monfort que volvía temblando con una copa de coñac. Tranquilamente se la arrebató y bebió su contenido.

Después le dijo, con una serenidad risueña:

— No volveré a molestarle más, querido Monfort! ¡Quédese usted con Blanchette pa-

ra siempre! ¡Yo fui un loco al casarme con ella! ¡Se la entrego!

Monfort le miró asombrado, nervioso.

—Pero... ¡de veras... de veras... no la quiere usted?

—Es suya por entero! ¡Yo voy a divorciarme otra vez y para nunca más hacerlo! A una sola mujer amé y me separé de ella! Quiero volver a reconstruir mi existencia!

Monfort comprendió. Adivinó que Corot tenía el alma puesta en la otra mujer, Ivona, y cuando a un armario le entregó un llavín.

—Me parece, Corot, que le debo a usted una llave. Es la de casa de Ivona que yo conservaba aún de aquellos tiempos. Quédese usted con ella: es suya.

Corot, sonriente, se la guardó en el bolsillo y abandonó la casa, mientras Blanchette corrió al lado de Monfort.

—¿Has visto insolencia mayor? ¡Qué marido tan imbécil! Me voy a divorciar de él...

—No creo que nos moleste más. Pondremos vivir felices nuestro amor...

Y se dieron un beso proclamando la unión de sus vidas caprichosas. Monfort volvía a tener una mujercita encantadora, hasta que encontrara otra más agradable para sustituirla.

Aquella llave que le había entregado Monfort pareció abrir otra vez al escritor la perdida felicidad. Se acordó de Ivona, de la mujercita a quien él había querido sobre todas las cosas. Había cometido el error de consentir el divorcio, pero él seguía queriéndola y estaba seguro, además, de que también Ivona le amaba...

Y aquella misma noche fue a su casa, abriendo sigilosamente con el llavín. Experimentó una sensación de bienestar al encontrarse entre aquellos muros familiares.

Avanzó tranquilamente hasta llegar a una habitación donde Ivona se encontraba sentada contemplando un retrato del novelista al que ella seguía amando en silencio.

Ella dió un grito de sorpresa al verle. ¡De sorpresa grata, de emoción!

—Ivona! — le dijo él, acariciándola —. Perdóname... Creí encontrar lejos de ti ilusiones, y la vida me ha dado sus abrojos. Ivona, ¡cuántas veces me has oído decir que un hombre no puede amar más que a una sola mujer? ¡En mi libro está escrito esto... y en mi corazón!

Ella le miró, conmovida. ¡Oh, sus brazos de enamorada estaban prontos a tenderse al hombre amado, arrepentido, que volvía!

—Ivona... yo amo a una sola mujer... — continuó él —, y esa eres tú. ¿Por qué cometimos el error de divorciarnos. No hubo en mí infidelidad de pensamiento. ¡Perdóname, Ivona!

Ella, que suspiraba y pensaba muchas veces en la equivocación de haber pedido el divorcio, le respondió con risueña voz:

—¡Oh, Juan, yo sigo todavía creyendo que eres la persona más buena que he conocido en mi vida!

—Entonces, entonces, tu perdón...

—¡Sí, Juan! ¡Es tuyo! Ya no volveremos a separarnos.

Y se abrazaron íntimamente, reconociendo que habían obrado de prisa al divorciarse, que su separación era una inmensa tontería. Ahora volverían a vivir una nueva luna de miel.

El inmediatamente telefonearon al abogado para la anulación del divorcio.

Y el letrado, a quien despertó el timbre del teléfono, le respondió con ironía:

—¡Bien, bien! Les espero en mi oficina mañana temprano. ¡Supongo que no se habrán olvidado de donde está!

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

la preciosa producción nacional

Los Chicos de la Escuela

interpretada por el célebre cómico

PEDRO ELVIRO

el célebre «PITOUTO» de La Casa de la Troya

Sea usted coleccionista de

Los Grandes Films

SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR

UN ÉXITO ENORME

se obtiene el libro 21 de las selectas

EDICIONES ESPECIALES de

La Novela Semanal Cinematográfica

EL SEPTIMO CIELO

por la pareja ideal JAMET GAYNOR y CHARLES FARRELL

EN PREPARACIÓN.

la superproducción PARAMOUNT

“BEAU GESTE”

por Alice Joyce, Ronald Colman,
Noah Beery, Ralph Forbes, etc.

COLECCION USTED

Los selectos libros de la BIBLIOTECA quincenal

"NUESTRO CORAZÓN"

DE

EDICIONES BISTAGNE

NÚMEROS PUBLICADOS:

- 1.-La que se hizo amar, por Marcel Proust
- 2.-Nada se borra, por Max Dervieux
- 3.-La esposa y la amiga, José Banzo Vuleto

EN PREPARACIÓN:

El hombre que no servía para nada, por Jorge Clara
En su país natal se acuerda una obsequiosa fiesta nacional

Muy en breve:

Número
Almanaque
para 1928

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

